

8. A este argumento sacado de la *naturaleza de todo agente*, añáde otro la razón católica que hace emanar de la *naturaleza de toda acción*.

Todas las *causas segundas* operantes, dice la razón católica con Santo Tomás, por el hecho mismo que son causas *segundas*, no reciben ni recibir pueden su virtud, su poder, el modo y el orden según el cual deben obrar, más que del primer agente, de la *causa primera*. Ahora bien la materia es la que recibe la acción de todo agente, y es el objeto de su acción; luego el modo y el orden de acción dependen de la materia; y dar el orden y el modo de obrar, es abastecer de acción á la materia.

Ahora bien, como al primer agente toca dar á los agentes secundarios el orden y modo de obrar, igualmente le toca el suministrar la materia; mientras que él mismo no tiene necesidad de que le sea suministrada esta materia que á los demás suministra; así como tampoco que le sea trazado el *modo* y el *orden* de la acción. Si la primera causa, el primer agente, tuviese él mismo necesidad de todo eso, quedaría por el hecho mismo incluido en la categoría de las *causas segundas*, de los agentes secundarios, y cesaría de ser el primer agente, la *causa primera*; y en este caso sería necesario buscar otra primera causa, otro agente primero, y así al infinito. En la análisis de las causas, es de toda necesidad fijarse en un primer agente, en una causa primera sin necesidad alguna de la materia para obrar, y capaz de suministrarla á los demás agentes para que cumplan su acción; del mismo modo que en la análisis de los socorros que reciben los pobres, hay que fijarse en la persona que suministra estos mismos socorros, no necesitándolos por no ser él mismo pobre.

Pero todos los seres que componen el universo se hallan ligados recíprocamente y son dependientes unos de otros, como los efectos de sus causas; sin que ninguno de estos seres, pues todos son absolutamente contingentes, posea el ser por sí

« tione sui, quia est actus purus, non habens potentiam permixtam; et in « comparatione rerum quæ sunt in actu, quia in eo est omnium entium « origo. Unde per suam actionem producit totum ens subsistens, nullo « præsupposito; utpote qui est totius esse principium et secundum se to- « tum, et propter hoc ex nihilo aliquid facere potest, et hæc ejus actio vo- « catur creatio. »

mismo; sin que ninguno de estos seres tenga en sí mismo el *modo* y *orden* de su acción, y mucho menos sin que ningún abraze en su acción todos los demás; así ninguno de ellos es primer agente ni causa primera. Esta causa primera, este primer agente solo puede ser Dios. Dios es, en efecto, el que á todos los seres trazó su *modo* y su *orden* de acción, abasteciéndoles de la materia en que debía ejercerse su acción, y de la cual no tiene él mismo necesidad alguna para sus propias operaciones. Por consiguiente esta materia no existía, ni podía existir anteriormente á la acción divina.

Ahora bien, haber suministrado la materia á otros seres, haber operado en la materia aun antes que existiese esta, es haber formado una materia que de ningún modo existía, es haberla sacado de la nada. Siendo Dios el primer agente, la causa primera de todo, sacó y debió sacar de la nada la materia, ó en otros términos, la crió (1).

Pero conviene exponer un tercer argumento establecido por la razón católica sobre el mismo asunto, argumento deducido de la contingencia de todos los seres que no son Dios. Como la materia *en acto*, ó ya *existente*, es susceptible de recibir diferentes formas *accidentales*, del mismo modo la materia *en potencia* ó la materia primera, es capaz de recibir diferentes formas *sustanciales*. Así como la materia existente al estado de madera puede recibir las diferentes formas accidentales, ó de una mesa, ó de un sillón, ó de un banco, ó de una caja; del mismo modo la materia *primera*, la materia *posible*, puede recibir por formas *sustanciales*, un alma inteligente, un alma sensitiva, un alma vegetativa, y formar el hombre, el bruto, la planta. Pues bien, del mismo modo que se puede concebir la materia como susceptible de todas estas formas, se la puede concebir sin forma *alguna* que la precise y la realice, se la puede concebir como no existente. Y un ser tan susceptible, en todos sus estados y condiciones, de tantas

(1) « Cum omnes cause secundæ agentes a primo agente habeant hoc « ipsum quod agant; oportet quod a primo agente omnibus secundis agen- « tibus modus et ordo imponatur; ei autem non imponitur modus vel ordo « ab aliquo. Cum autem modus actionis e materia dependeat quæ recipit « actionem agentis; solius primi agentis erit, absque materia præsupposita « ab alio agente, agere, et aliis omnibus secundis agentibus materiam ni- « nistrare. »



formas diferentes; un ser tan mutable por naturaleza, tan móvil, tan trasformable, tan divisible, tan perecedero, y por consiguiente tan contingente y tan accidental como la materia, no posee el SER de un modo absoluto, no posee el ser por sí mismo. Solo á Dios concebimos como necesariamente existente, sin que nos sea posible concebirlo de otro modo. Dios tan solo es eterno, inmutable, siempre el mismo, incapaz de desfallecimiento, de cambio, sin principio, sin fin. Dios es el solo ser que, como poseedor de una esencia no determinada por naturaleza alguna particular, no circunscrita por límite alguno, sea á sí mismo, — séame permitida la expresion, — su especie y su género; mientras que todo lo demás que existe tiene un especie y un género á que pertenece, porque todo, fuera de Dios, existe de un modo determinado y finito. Solo Dios tiene el ser por sí mismo, el SER por su esencia, mientras que todo lo demás goza del ser por participacion. Todo lo que *es* por participacion, por accidente, solo pudo recibir el ser de aquel que *es* por su esencia, como todo calor es causado por el fuego (1); Y por qué? Porque todo ser que no existe por sí mismo, sino por otro ser, se reduce, como á su causa, al ser que no existe por otro sino por sí mismo. El ser que es por sí mismo y no por otro; que existe necesariamente; que es á sí mismo su propio ser; que es el primer ser y el principio de todos los seres, el acto enteramente puro, sin composicion ni mezcla, el ser que es el principio de toda mezcla y de toda composicion; este ser es Dios. Así como, si hubiese un calor existente de un modo absoluto, por sí mismo, seria forzoso reconocerlo por la causa universal de todos los cuerpos cálidos que no poseen el calor por esencia, sino por participacion; del mismo modo, existiendo un ser existente de un modo absoluto por sí mismo, hay que reconocerlo como la causa universal de todos los seres que no son por sí mismos seres, que poseen el ser por participacion y por presta-

(1) « Solus Deus est suum esse; Deus est ens per se subsistens omni ex parte indeterminatum per aliquem naturam cui adveniat, in omnibus aliis differt essentia rei et esse ejus. Omne alia non sunt suum esse, sed participes esse. Ex hoc manifestum est quod solus Deus est ens per suam essentiam. Omnia vero alia sunt entia per participationem. Omne autem quod est per participationem causatur ab eo quod est per essentiam, sicut omne ignitum causatur ab igne. »

mo, y no por esencia; hay que reconocerlo como la causa de la misma materia, y el autor del ser de esta misma materia (1). Luego si Dios es el principio de todo ser, la causa universal por la cual la materia y todo lo que no era materia recibió el ser, síguese que todo lo sacó Dios de la nada.

9. Todos estos argumentos derivan su fuerza de la *naturaleza de las causas*; pero hay un cuarto argumento que halla su valor en la naturaleza de los efectos, argumento que fórmula en estos términos Santo Tomás: « No se puede concebir ningun efecto particular sino como el producto de su propia causa. Así como no se concibe el calor sino como el producto propio del fuego, ni el dia sino como el producto propio de la luz, del mismo modo no se puede concebir el ser sino como el producto propio del SER. Dios es el SER, el ser absoluto; el ser por esencia, el ser universal, el ser necesario; y nada se puede comprender como existente á menos que se le considere como el producto propio de este SER. Solo el SER puede dar el ser. Sin embargo, aunque Dios, causa primera de los seres, no entre por su naturaleza, por su esencia, en la naturaleza, en la esencia de las cosas criadas, — lo cual seria el panteismo, — no obstante no se puede menos de concluir que el ser de que gozan las criaturas, y aun la materia, es el producto del ser divino (2), ó bien que Dios es el autor de todo ser ó el Criador de todo. »

É insistiendo en el mismo argumento, la misma razon católica, por el mismo órgano, añadía esta bella é importante observacion: El orden de los efectos es el reflejo del orden de las causas, y lo sigue rigurosamente. Mas el primero de todos los efectos es el ser de las cosas, porque se presupone y es anterior á los demás efectos que se hallan en las mis-

(1) « Illud quod est per alterum, reducitur velut in causam ad illud quod est per se. Unde si esset unus calor per se existens, oporteret ipsum esse causam omnium calidorum quæ per modum participationis calorem habent. Est autem ponere aliquod ens quod est ipsum suum esse actu, oportet esse aliquod primum ens quod sit actus purus, in quo nulla sit compositio. Unde oportet quod ab uno illo actu omnia alia sint quæcumque non sunt suum esse, sed habent esse per modum participationis. »

(2) « Licet causa prima, quæ Deus est, non intret essentiam rerum creatarum; tamen sese quod rebus creatis inest non potest intellegi, nisi ut deductum ab esse divino: sicut nec proprius effectus potest intellegi, nisi ut deductus a causa propria. »



mas cosas; al paso que ningun otro efecto en las cosas le es anterior ni se le presupone. Ahora bien, como los efectos secundarios se refieren á las causas segundas, el efecto primero solo puede referirse á la Causa primera. Siendo el primer efecto la comunicacion del ser, solo puede ser producido por la Causa primera; pues pertenece únicamente á la virtud que es propia á esta causa. Si otra causa cualquiera comunica el SER, no lo efectua por su propia virtud, sino por la virtud y operacion de la Causa primera, que se encuentra en ella y en ella obra. Luego Dios es el que ha dado el SER á todas las cosas, y el que las ha criado (1).

10. La diferencia de perfeccion de los seres del universo suministra á la razon católica un quinto argumento en favor del dogma de la creacion.

Al hallar, continua diciendo Santo Tomás, en un ser cualquiera, algo que posea por participacion, por comunicacion, por préstamo, es de toda necesidad que esta participacion, esta comunicacion, este préstamo, le vengan del ser en el cual esencial y propiamente reside la cosa participada, comunicada, prestada; tal como el hierro que solo vuelve candente al fuego, al cual conviene por esencia el calor.

Entendido esto, conviene no perder de vista que todo lo que fuera de Dios existe, lo podemos concebir como no existente. En todo lo que existe fuera de Dios, la existencia es una cosa muy distinta de la esencia. Nada de lo que fuera de Dios existe posee el ser por sí, ni tiene en sí su razon de ser. Todo lo que existe fuera de Dios, posee el ser de modo que pudiera no poseerlo, lo posee por comunicacion, por participacion, por préstamo. Solo en Dios el ser y la esencia no se distinguen, Dios es el único ser que por sí mismo existe, el único ser por esencia y por necesidad; el único que posee el ser en propio, el ser de un modo completo y perfecto. Luego solo por Dios á quien solo conviene el ser por *esencia*, y solo por via de

(1) « Ordo effectuum est secundum ordinem causarum. Primus autem effectus est ipsum esse quod omnibus aliis effectibus præsupponitur, et ipsum non præsupponit alium effectum. Et ideo oportet quod dare esse, in quantum hujusmodi, sit effectus primæ causæ solius secundum propriam virtutem.

« Quæcumque alia causa dat esse hoc habet in quantum est in ea virtus et operatio causæ primæ, et non per propriam virtutem. »

participacion, comunicacion ó préstamo, han recibido el ser todas las criaturas que de él gozan. Como dice Aristóteles, lo que es *soberanamente* cálido es la causa de todo lo que es cálido; así como lo que es *soberanamente verdadero* es la causa de todo lo que es verdadero; así como el que es *soberanamente* SIENDO, esencialmente SIENDO, es la causa de todo lo que ES; lo cual equivale á decir que Dios ha dado el ser á todo lo que es, ó en otros términos, que Dios ha criado todo lo existente (1).

En otro paraje de sus obras añade lo siguiente el mismo admirable doctor « Cuando vemos que seres varios participan de un modo diverso de la misma calidad, hay que admitir necesariamente que esta calidad ha sido dada á los que de ella participan de un modo imperfecto, por Aquel en el cual reside esta calidad en toda su plenitud, en toda su perfeccion; pues, si bien se examina, el mayor ó menor grado de la calidad poseida, la mayor ó menor perfeccion de las cosas, arguye que se encuentran mas ó menos próximas, mas ó menos lejanas del manantial de toda calidad, de toda perfeccion, Así, siendo el fuego el foco del cual todo calor emana, los cuerpos se presentan mas ó menos cálidos, segun su mayor ó menor proximidad del elemento igneo. Si todas las cosas tuviesen en sí mismas las causas de los grados diferentes de sus calidades y sus perfecciones, no se podria dar una razon que explicase porque una cosa es mas perfecta que otra, y porque cada cosa tiene tal ó tal grado de perfeccion y no mas. Pero todas las cosas semejantes en el ser, difieren prodigiosamente unas de otras en su modo de ser, esto es, son mas perfectas unas que otras. Luego es preciso que hayan recibido diferentes grados de perfeccion del que en sí reúne todos los grados de perfeccion, esto es, de Dios. Luego es preciso que

(1) « Si aliquid invenitur in aliquo per participationem, necesse est quod causetur ab eo qui essentialiter convenit, sicut ferrum fit ignitum ab igne. Deus est ipsum suum esse per se subsistens, et esse per se subsistens non potest esse, nisi unum. Relinquitur ergo quod omnia alia a Deo non sint suum esse, sed participant esse. Necesse est igitur omnia quæ diversificantur secundum diversam participationem essendi ut sint perfectius vel minus perfecte, causari ab uno primo ente quod perfectissimum est. Aristoteles ait (*Metaph.*, lib. II): Id quod est maxime ens et maxime verum, est causa omnis entis et omnis veri, sicut id quod est maxime calidum est causa omnis caliditatis. »



les haya dado Dios no solamente el ser, sino los grados diferentes del ser. Luego Dios es la razón única de su ser y de su modo de ser, el autor de toda su existencia, de toda su naturaleza, de todas sus propiedades; luego Dios es quien las ha criado y las ha hecho tales como son (1).

11. Tal es lo que resulta de la diferencia que presentan entre sí los seres; véamos ahora el partido que ha sabido sacar la razón católica de lo que los seres tienen entre sí de común. Nada se halla aislado en el mundo, y todos los seres existentes pertenecen á una categoría particular llamado género ó especie; pero á qué debe atribuirse que seres numéricamente diversos pertenezcan á una misma especie, á un mismo género? A que estos seres, á pesar de su diferencia numérica, que hace que tal ser no sea tal otro, tienen algo, una calidad, un fenómeno, una condición de ser común á todos. Así á la facultad de raciocinar que es común á todos los hombres, débese el que estos formen, por su reunión, la especie humana. A la facultad de sentir común á todos los brutos, débese que, por su conjunto, constituyan el reino animal. A que todas las plantas tengan de común la facultad de crecer, débese que formen el reino vegetal; y á que masas de individuos, en estos mismos reinos, tengan formas y calidades comunes, débese que constituyan especies diferentes en el mismo género.

Pero este algo que es común á seres numéricamente diversos, y que los reúne todos en una misma categoría, en un mismo género, en una misma especie, no ha podido ser comunicado por uno de estos mismos seres á los demás, porque cada uno de los seres de una misma especie y de un mismo género, solo posee en *propio* el principio de su individualización, que hace que sea él mismo, y es la razón por la cual difiere numéricamente de todo otro individuo de la misma especie; pero no

(1) « Cum aliquid invenitur a plurimis diversimode participatum, oportet quod ab eo in quod id perfectissime invenitur, attribuat omnibus illis in quibus imperfectius invenitur. Nam ea que positive secundum magis et minus dicuntur, hoc habent ex accessu remotiori vel propinquiori ad aliquid unum. Si enim unicuique eorum ex se ipso illud conveniret, non esset ratio cur perfectius in uno quam in alio inveniretur. Sicut videmus quod ignis, qui est in fine caliditatis, est principium caloris in omnibus calidis. Est autem ponere unum ens quod est perfectissimum ens; oportet ergo quod omnia, alia magis, alia minus, ab ipso esse recipiant. »

tiene en sí mismo, no posee en *propio* la causa, el principio común á cierta cantidad de individuos y que los reúne en una misma especie. En efecto, individuos numéricamente diversos, no pueden comunicarse mutuamente una nota, una calidad común á todos; luego, fuera de cada uno de estos individuos, hay que buscar la causa de este principio común que forma de muchos individuos una especie, y solo puede hallarse en un ser que, operando individualmente en esta masa de individuos, es completamente distinto de ellos. Si vemos correr exactamente en la misma dirección un número mayor ó menor de carruajes, no es porque uno de estos carruajes haya dado un impulso á los demás y trazádole la línea que debían recorrer, pues tuvo él mismo necesidad de recibir, como los demás, impulso y dirección; sino porque una máquina, fuera de estos carruajes, los arrastra á todos en la misma dirección y con la misma velocidad. Del mismo modo un efecto común á varios seres no puede ser producido por ninguno de ellos, sino por una causa extraña, que en todos obra del mismo modo.

Pues bien, eso que es común á todos los seres, es el ser mismo. Los seres efectivamente son de diferentes modos, y por estos modos difieren entre sí; pero, á pesar de estas diferencias de seres, tienen algo que es común, que es idéntico en todos, y es que son. Pero este hecho de ser, por esto mismo que les es común, no puede proceder de ninguno de ellos; y debe tener su razón en una causa común, causa que existe fuera de ellos. Luego es evidente que ningún ser determinado, finito, individualizado por sus propios límites, no puede ser la causa por la cual todos los seres son. Este ser común á todos, á pesar de sus diferencias de ser, no puede venirles de la materia siempre limitada, individualizada, particularizada, no pudiendo producir sino efectos particulares é individuales; luego este ser debe venirles de una causa general, indeterminada, infinita; luego les viene de Dios.

Pero dar el ser es *criar*, pues criar es hacer que lo que no es, sea. Luego si Dios es quien dió ser á todos los seres, Dios es quien verdaderamente los crió: verdad inmensa y profunda que parece haber entrevisto Platon, cuando dijo: Antes de toda multitud, hay que admitir una UNIDAD única en la se-



rie de las naturalezas no menos que en la serie de los números (1).

12. Tal es el modo en que ha explicado el dogma de la creacion la razon católica de los siglos de fe; pues la solieitud, el ahinco con que creyó este dogma divino, no le impidió el racionar. ¿Y qué decis á estos, hermanos míos? ¿No es todo esto profundo, grave y serio? ¿Acaso no es todo esto muy racional, muy razonado, capaz de satisfacer á los ánimos mas exigentes, á las inteligencias mas vastas, mas elevadas? ¿Por ventura no lleva todo esto el sello de la mas elevada metafísica, de la mas sublime filosofía, cuyo idioma ni aun siquiera alcanza á comprender la razon filosófica moderna, y aun menos apreciar su valor y abrazar su extension?

¿Qué réplica merecen, os lo pregunto, en presencia de doctrinas semejantes, los continuos vituperios de *tonterias, credulidad, oscurantismo*, que la razon filosófica no ha cesado de dirigir á la razon católica al oír la profesar su creencia en la creacion del mundo de la nada? ¿No es acumular los desatinos, la insolencia, el descaro el repetir tales motes, así como las rechiflas insulsas que los acompañan á manera de guiso ó condimento?

¡Ah! para el verdadero sabio, para el filósofo cristiano, los límites que Dios autor de la razon asignó á la razon, los cuales el divino mandato le prohíbe traspasar, son, — si es lícito decirlo así, — los *rails* del camino de la inteligencia, que les indican la via recta que debe seguir, impiden que se des-carrie, y, lejos de oponerse á su marcha, aceleran al contrario la rapidez del movimiento, asegurándole una feliz travesía. Contenida en estos límites que se guarda muy bien de traspasar, alumbrada por la luz siempre creciente del Verbo, impelida por el calor cada vez mas enérgico del Espiritu Santo,

(1) « Si aliquid unum communiter in pluribus invenitur, oportet quod ab aliqua una causa in illis causetur. Non enim potest esse quod illud commune utriusque ex se ipso conveniat, cum utrumque secundum quod ipsum est ab alio distinguatur, et diversitas causarum diversos effectus producat. Cum ergo esse inveniatur omnibus rebus commune, quæ secundum illud quod sunt ad invicem distinctæ sunt, oportet quod de necessitate eis non ex se ipsis sed ab aliqua causa esse tribuatur. Illa videtur ratio Platonis qui voluit quod ante omnem multitudinem esset aliqua unitas non solum in numeris, sed etiam in rerum naturis. »

la razon católica no solamente escapa á todo peligro en la difícil tacha de explicar toda verdad, sino tambien cada vez mas se fortifica, medra, se despliega, florece, fructifica y se eleva á la mas alta potencia; ve cada vez con mayor profundidad y con mas vasto horizonte en la grandeza, magnificencia de los misterios de Dios tan acreedores á una fe sincera y completa; descubre y demuestra con progresiva perfeccion los vínculos inefables que tienen entre sí estos misterios, y las relaciones que guardan con la felicidad humana y la sociedad; y, sublimada por el arrobamiento y el júbilo procedentes de la solidez de sus progresos y la riqueza de sus descubrimientos, en un sentimiento de admiracion mezclado de reconocimiento, exclama: ¡O Dios mio! ¡cuán dignas de fe son vuestras revelaciones, cuán dignas del homenaje del entendimiento y de la afeccion del corazon! *Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.*

Pero aun nos falta que señalar lo que, por el lado del espíritu, impide á la mayor parte de nuestros pretendidos sabios de rendirse á esta fuerza de demostracion, á esa evidencia de verdad, á esa abundancia de luces que rodean el dogma de la creacion. Quédanos aun por demostrar que este dogma *posible y racional*, es tambien *concebible*. Esta es la parte menos abstracta y mas importante de esta conferencia, y vamos á exponerla despues de algunos momentos de reposo.

### TERCERA PARTE.

15. Ya hemos visto, en nuestra última conferencia, que lo que generalmente arrastra al hombre á la negacion de los dogmas del cristianismo, es la dificultad que encuentra en cumplir los deberes de esta sagrada religion, á causa de los malos hábitos que ha contraído: *Noluerunt intelligere ut bene agerent*; y que, por el corazon y en el corazon, fórmula el increíble sus blasfemias contra la religion y contra el mismo Dios: *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus.* Pero, prescindiendo de esta causa, desgraciadamente hartó univer-



sal, harto real de la incredulidad, causa dependiente del corazón, hay otra no menos real que reconoce su raíz en el espíritu.

Oímos continuamente á los adeptos de la razón filosófica expresarse en estos términos relativamente al dogma de la creación: « Solo *por* la razón, dicen, nos vemos obligados á negar el dogma de la creación, habiéndolo encontrado nuestra razón en flagrante delito de ser contrario á la razón é inadmisibile por esta misma razón; mientras que, al contrario, muy bien comprendemos los tres sistemas filosóficos, el DUALISMO, PANTEISMO y MATERIALISMO, que la razón ha inventado para sustituir al dogma cristiano en lo tocante al origen del mundo; y por este motivo, esta misma razón, zelosa siempre y con justicia de su propia dignidad é independencia, adoptó uno ú otro de estos tres sistemas que mas racional le pareció segun las diferentes épocas del desarrollo científico de la humanidad; debiendo siempre negarse á admitir el dogma de la creación como *inconcebible*. Tal así hablan vuestros sabios; y en esta objecion, en la cual continuamente insisten con aire de suficiencia y triunfo, apoyan, para justificarla, su apostasía.

14. Pero este lenguaje, aun admitiendo que fuese dictado por la buena fe, es muy poco *racional* en sí mismo, y de ningún modo *filosófico*. Los que tal dictámen propalan, confunden las dos facultades del hombre mas distintas y mas opuestas: la facultad de *imaginar*, y la de *concebir*.

*Imaginar* es representarse á la *fantasia* en su conjunto ó en sus partes, un objeto sensible visto ó que hubiera podido serlo. *Concebir* es asir por el *intelecto*, la *relacion*, la *ecuacion* entre lo que se afirma de una cosa y la misma cosa. *Entender*, dice el gran Santo Tomás, es *leer dentro*, es *leer* en la intimidad de la cosa, y tener de ella la idea verdadera: *Intelligere est intus legere. Intellectus nomen sumitur ab intima penetratione veritatis*.

Así como Santo Tomás, habia distinguido San Agustin las diferentes facultades del hombre con respeto á la verdad. Hay, dice, tres maneras diferentes de ver las cosas, ó tres especies de *vision*: la *vision corporal*, cuando aperecimos las cosas por los *sentidos*; la *vision intelectual*, la cual resulta de cuan-

do nos penetramos de las cosas por el *entendimiento*; y en fin la *vision espiritual* (llamada así porque se verifica por el espíritu, aunque no en el espíritu), y es cuando nos representamos el fantasma de las cosas sensibles en nuestra imaginacion; pues la *fantasia*, añade Santo Tomás, es el receptáculo de las formas concepcionales, de las imágenes que hemos recibido por los sentidos: *Phantasia est thesaurus formarum, per sensus acceptarum*.

Así solo pueden ser *imaginadas* las cosas materiales, y solo *concebidas* las intelectuales.

La imaginacion se ejerce únicamente por los FANTASMAS (*per phantasmata*), y nuestra comprension por las IDEAS. Entre ambas estas operaciones de nuestro espíritu, la diferencia es infinita, y esta verdad inspiró á un filósofo del siglo pasado esta profunda palabra, que ha sido considerada como el cánon fundamental de la ciencia ideológica: « Cuando se *para la imaginacion*, el espíritu marcha solo con ayuda del discurso. »

Podeis imaginaros un hombre, un bruto, una planta, un edificio. Podeis tambien, si os place, mediante la *fantasia*, componer, con las partes diferentes de los cuerpos que habeis visto, un cuerpo, un monstruo que nunca habeis visto; pero nunca podreis *imaginaros* ó representaros bajo una forma material cualquiera, conforme á la verdad, Dios, el alma, la virtud, la verdad.

El objeto *imaginado* es la vision de la fantasia; pero *lo concebido*, como acaba de decirnoslo San Agustin, es la vision del entendimiento.

Síguese claramente de lo expuesto, que de que no se pueda concebir una cosa, no resulta como consecuencia que no se la pueda *imaginar*; y reciprocamente, de que no puedo ser *imaginada* una cosa, resulta que no se la pueda *concebir*.

Veo por ejemplo un monstruo cuyo nombre, origen, fin, fuerzas y propiedades ignoro; no puedo decir que lo *conciba*, porque NO LEO DENTRO DE ÉL. Pero bástame haberlo visto una sola vez, para que su imágen quede grabada, por vía de los sentidos, en mi *fantasia*, y puedo *recordármelo* siempre, y revocar en mí mismo su figura ó fantasma; en una palabra, puedo imaginarlo sin concebirlo.



Al contrario no puede *imaginarme* ó representarme bajo una forma sensible una duracion sin principio, una perfeccion sin límites, una sustancia sin partes, porque nada de eso se ve, ni puede ser visto por el ojo corporal, ni ser representado bajo una figura cualquiera, sin que experimenten alteracion y menoscabo la verdad y realidad de estas cosas; pero, mediante el entendimiento que raciocina, puedo convencirme, y consiguientemente concebir (1) *intelligere*, que Dios es eterno é infinitamente perfecto; que el alma humana es una sustancia *simple*, libre é inmortal, que los hombres tienen vínculos morales que entre sí los unen, y vínculos religiosos que los unen á Dios; pues, cuando, por medio del discurso ó por el testimonio de una autoridad infalible, veo la *conveniencia*, la *ligazon*, la *relacion*, la *ecuacion* entre estas afirmaciones y las cosas á que se refieren, me penetro de la verdad que no es mas que la ecuacion del entendimiento y la cosa: *Æquatio rei et intellectus*, conozco estas mismas cosas, y leo dentro de ellas: *Intus legit*; pero todo esto es *concebir* sin poder *imaginarlas*.

Concibo las facultades de mi alma, pero no las *imagino*. *Imagino* el organismo de mi cuerpo, pero no lo *concibo*.

Se *imagina* en efecto lo sólido sin *concebirlo*. Se *concibe* lo intelectual sin *imaginarlo*.

La facultad de imaginar, dependiente en su ejercicio, de la

(1) Se ve que tomo aquí la voz *concebir* como sinónima de la voz *entender* aplicada á la operacion del espíritu, y no como sinónima de la palabra *comprender*. En esta última acepcion, *concebir* así como *comprender*, es coger por todos lados (*simul capere, omni ex parte*), es contener en sí misma la cosa conocida. Ahora bien, en este sentido no concebimos ni podemos *concebir* á Dios, ni sus operaciones, ni su creacion; pues el infinito, no puede ser asido enteramente por el finito, ni ser contenido en este. Pero si tomamos la palabra *concebir* en el sentido que aquí le damos, como sinónimo de la palabra latina *intelligere*, nada es mas cierto que el decir que podemos comprender á Dios, y aun mejor la creacion, esto es, que, sin comprender su esencia y su naturaleza infinita, podemos, por la consideracion de las criaturas, por el razonamiento, independientemente de la fe cuya luz debe siempre preceder, entender, *intelligere*, de un modo claro y distinto que Dios es y debe ser infinito, eterno, y el colmo de todas las perfecciones. Y en efecto nos dice San Pablo que los atributos del Dios invisible, su omnipotencia, su eternidad y su divinidad, han llegado á ser *inteligibles* y visibles al entendimiento por las maravillas de la creacion: *Invisibilia Dei, per ea quæ facta sunt, conspiciuntur: sempiterna quoque Dei virtus et divinitas.* (Rom., I.)

organizacion del cuerpo, la tenemos en comun con los brutos; pero la facultad de concebir, siendo peculiar del espíritu, la tenemos en comun con Dios; pues, como observa Santo Tomás, esta facultad es el reflejo del entendimiento divino en el entendimiento humano: *Intellectus agens est participatio luminis divini*. Y por esta facultad sublime de concebir las cosas inmateriales, puedo *concebir* la creacion. No admite duda que, si dejando á un lado la imaginacion para consultar tan solo á la razon, afin de explicarnos el dogma de la creacion tal como nos lo enseña la revelacion; si, como los Padres y doctores de la Iglesia, queremos seriamente raciocinar sobre este dogma, nos parecerá este mismo dogma no solamente *posible* y *racional*, sino tambien *concebible* ó *inteligible*, como nos dice San Pablo, y, por esto mismo, filosófica y soberanamente creible: *Testimonia tua credibilia facta sunt nimis*.

15. Toda ciencia, toda filosofía reposa en este principio: *Que nada existe sin una razon adecuada, sin una razon suficiente*, ó bien sin la razon por la cual una cosa es y no es, es de tal manera y no de otra diferente; y ahí reside la razon adecuada de todo ser, ahí reside su principio y su causa.

Ahora bien, independientemente de la Revelacion divina á la cual debe someterse toda razon, aun cuando no fuese comprendida por la razon; la razon concibe que la sola *razon adecuada*, la sola *razon suficiente* de la existencia del mundo, existe en la omnipotencia de Dios que lo crió de la nada; que no hay otra solucion racional á este gran problema; y esto basta para que le sea inteligible el dogma divino.

Me es tan imposible el comprender á Dios como el imaginármelo; pues la esencia divina, el ser increado, el ser infinito excede infinitamente al alcance de mi entendimiento finito y criado; pero, por la luz de mi razon humana, que es una irradiacion, un reflejo de la luz divina en mi espíritu: *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine* (Psalm.), concibo que Dios, infinito en su ser, es y debe ser infinito en todos sus atributos, en todas sus perfecciones. Me es imposible concebir á Dios de otro modo que infinitamente poderoso, infinitamente sabio, infinitamente justo, infinitamente bueno; y, por eso mismo que concibo que Dios es infinitamente po-



deroso, concibo igualmente que ha podido producir un efecto de una virtud infinita; en tanto que la operacion de una virtud, de un poder infinito, puede ser objeto de un entendimiento finito.

Veo, entiendo, *Intus lego*, que hay entre estos dos términos, *efecto infinito y virtud infinita*, una relacion lógica muy sencilla y muy natural. El efecto se armoniza perfectamente con su causa; la consecuencia emana legítimamente de su principio; la ecuacion entre la idea y la cosa es perfecta, y la verdad la cual no es mas que esta ecuacion, es clara, evidente, incontestable.

En el mundo, ser contingente, pasajero, dependiente, finito, mutable, impotente á ser por sí mismo lo que es, no teniendo ni pudiendo tener en sí mismo la *razon suficiente* de su ser y de su conservacion, encuentro yo la necesidad de la creacion. En Dios, ser necesario, independiente, eterno, todopoderoso, infinito, que en sí mismo posee la *razon suficiente* de su ser, y es capaz de darla á las demás seres finitos, hallo yo la posibilidad y el hecho de la creacion.

La certidumbre de este hecho resulta de la mas rigurosa demostracion, que á mi razon domeña, que mi razon se ve obligada á admitir, como admite que dos y dos son cuatro, sopena de perder todo título, toda razon; todo derecho á racionar y decir: « Soy la razon; » sopena de desmentirse, de degradarse, de suicidarse, de abismarse, de perderse.

Así nada hay mas racional que la razon al admitir estas dos proposiciones: « El mundo es un ser finito, luego ha sido criado por un ser infinito. » Nada hay mas racional que la razon al reposar tranquila en estos dos principios, contra los cuales todo lo que se dice es absurdo, todo lo que se imagina es miseria, sofisma, desbarro, extravagancia, blasfemia, delirio, contradiccion; pues es necesario negar á Dios para negar la creacion, lo que es el colmo de la demencia.

Pero, desde que quiero representarme de un modo sensible, en mi *fantasia*, estas mismas verdades que mi razon *concibe*, conozco que no lo puedo. Ahí es donde comienza la oscuridad, ahí es donde se espesan las tinieblas. Por mas esfuerzos que haga no puede figurarse mi imaginacion como fantasma, lo que concibe mi razon como idea. Mi imaginacion se indigna

y se rebela contra la conclusion que admite mi razon, y en que reposa perfectamente. Mi imaginacion no se contenta con lo que á mi razon satisface.

¿ Pero qué me importa eso? ¿ Acaso debo yo procurar contentar mi *imaginacion* en una esfera de pura *razon*? ¿ Debo yo, hombre y cristiano, medir la verdad de Dios por la imaginacion; facultad de los brutos?

Bien lo veis, amados hermanos míos, ambos estos dogmas de la existencia de Dios y de la creacion del hombre, se prestan mutua luz y se demuestran recíprocamente. La sola existencia del mundo bastaria, segun San Pablo, para que pudiésemos probar y concebir la existencia de un Dios omnipotente y eterno: *INTELLECTA conspiciuntur*; y la sola existencia de un Dios omnipotente y eterno, explica la existencia del mundo. Así por mas *inimaginable* que sea para la fantasia, el dogma de la creacion no deja de ser completamente *inteligible* para la razon humana, y aun evidente; pues la evidencia, segun Santo Tomás, es la inteligibilidad de las cosas.

16. Pues bien, esta facultad de *concebir* aun aquello que no se puede *imaginar*; esta facultad enteramente peculiar al hombre exclusivamente entre todos los seres terrestres, y de la cual no participa el bruto, pues este tambien *imagina*, pero no *concibe*: *Quibus non est intellectus*; esta asombrosa y sublime facultad que nos eleva y hace superior á toda la creacion sensible, colocándonos al lado del mismo Dios, y haciéndonos participes de su naturaleza é imágenes vivas de su divinidad; esta facultad, digo, es la que desconocen nuestros filósofos anticristianos, que caminan groseros en séquito del paganismo, y pisan las mismas huellas de los antiguos filósofos anti-religiosos; que, confundiendo lo que es *inimaginable* con lo que es *inconcebible*, rechazan como *inconcebible* el dogma de la creacion, que es tan solo *inimaginable*; y admiten, como si lo hubiesen *comprendido*, el *dualismo*, el *pan-teísmo* ó el *atomismo*, que tan solo *imagina* y sueña su fantasia calenturienta.

El *doctor angélico* nos enseña que tal es la causa de todos los errores de los antiguos filósofos con respecto á la creacion; pues los antiguos, nos dice, sumidos en la materia, no pudiendo asir por el ENTENDIMIENTO los diferentes grados de las